

EL VAQUERO  
MÁS AUTÉNTICO  
QUE EXISTIÓ

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

Nº 19

EL VAQUERO  
MÁS AUTÉNTICO  
QUE EXISTIÓ

*por*

Ignacio Trejo Fuentes



*F*ICTICIA

MÉXICO

2009

## EL VAQUERO MÁS AUTÉNTICO QUE EXISTIÓ

D.R. © Ignacio Trejo Fuentes

D.R. © Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Ficticia S. de R. L. de C. V., 2003

**Coedición:** Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo / Ficticia S. de R. L. de C. V.

D.R. © Ignacio Trejo Fuentes

D.R. © CECULTAH

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C. V.

México, 2009

ISBN CECULTAH: 978-607-9514-69-3

### **Ficticia Editorial**

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo

Foto del autor: Mónica Villa

Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Paulina Ugarte

Sierra Fría 220

Col. Lomas de Chapultepec

Del. Miguel Hidalgo

11000, México D. F.

ISBN: 978-607-7693-09-3

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)

[libreria@ficticia.com](mailto:libreria@ficticia.com)

Ficticia es miembro fundador de la AEMI

(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Segunda edición: septiembre de 2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, digital o cualquier otro, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Impreso y hecho en México

*Nunca creí que amar doliera tanto.  
(...) Y no habrá sitio que no duela,  
porque el dolor ocupará tu sitio.*

Rubén Bonifaz Nuño, *El manto y la corona*

---

INÉS, LA LUNA Y YO perdimos nuestra virginidad al mismo tiempo.

Desde temprano, en la casa hubo nerviosismo, la inquietud se respiraba por todos lados. Los nueve o diez integrantes de la familia, más un sinnúmero de amigos que habían llegado para atestiguar por televisión el acontecimiento del siglo, iban de un lado a otro, preparándose para el festín. Inés y yo no podíamos sustraernos a ese nerviosismo, sabíamos, sin habérselo dicho, que en efecto ocurriría algo fastuoso.

Cuando llegó la hora, nos arremolinamos en el cuarto donde estaba el televisor, y parecía una fiesta. Hicieron palomitas, sándwiches; había refrescos, café, cervezas. En la tele se sucedían anuncios comerciales y comentarios en torno a lo que íbamos a presenciar: se dieron datos, cifras, estadísticas de la Luna, de la NASA, de los tripulantes de la nave que se acercaba al satélite. Los locutores estaban nerviosos: ¿saldría todo como estaba previsto?, ¿podría ocurrir una catástrofe?

Se hizo un silencio que podía palpase cuando se anunció que el momento de todos tan deseado estaba por llegar. Fue cuando Inés y yo, cada quien por su lado y sin decirnos nada, nos escabullimos para encontrarnos en mi habitación. Nos abrazamos loca, arrebatadamente; nos dimos besos incendiarios y nos tendimos en la cama. Le subí el blanco vestido a la cintura, le quité los calzones y ella me

ayudó a bajarme la trufa y el pantalón. Como si estuviéramos siguiendo un libreto, o como si hubiésemos hecho muchas veces lo que estábamos haciendo, llevó mi pene hasta su sexo, y tras algunos intentos, desconcertado, a tientas, la penetré. Inés hizo una exclamación indefinible, fue una mezcla de suspiro, de queja apenas insinuada, de estupor. Por mi parte sentí un dolor apenas perceptible y supe por vez primera lo que era entrar al Paraíso. Todo fue rápido: eyaculé al mismo tiempo que sentía cómo ese nido tibio y húmedo se contraía cuando Inés tuvo el orgasmo que calificaría después como sublime. Nos seguimos besando, y creo que ambos dejamos escapar algunas lágrimas.

Del mismo modo en que nos habíamos semi desnudado, nos vestimos, y de nuevo, cada quien por su lado, nos reincorporamos al cuarto donde los otros veían arrobados, estupefactos, la gran hazaña de Neil Armstrong: había alunizado, y los espectadores estuvieron de acuerdo con la sentencia del astronauta: su pequeño paso sobre la Luna era un paso enorme para la humanidad. Aplaudimos rabiosos. Más Inés y yo: habíamos dado un primer paso gigantesco, descomunal.

Hasta entonces nuestros encuentros habían sido tímidos; consistían en tomarnos de la mano y darnos besitos locos que nos hacían hervir la sangre. A la menor oportunidad —las había por racimos— nos entregábamos a ese juego maravilloso cuya apoteosis era besarle los senos a Inés y que ella tenteara mi sexo por encima del pantalón. Uno de sus hermanos solía llevarnos al cine, al circo, a la feria, y nos sentíamos los más dichosos del mundo al tomarnos de la mano ante el peligro inminente de que nos descubrieran. Nunca ocurrió.

Los dos o tres días que siguieron a nuestro encuentro inaugural casi no nos dirigíamos la palabra, como tratando

de esconder aún más nuestro secreto. Rompimos el silencio cuando, otra vez, nos encontramos en mi cuarto e hicimos el amor. Fue diferente: aprovechando que no había nadie en casa nos desnudamos por completo y nos acariciamos lenta, enternecidamente. Lo que la vez primera fue un suspiro o queja o manifestación de asombro por su parte, y por la mía un esquivo dolor convertido en seguida en el descubrimiento total del Paraíso, fue entonces el hallazgo absoluto de la felicidad. (Recuerdo cómo Inés se untó mi semen en los dedos y lo miró extasiada y lo olió tratando de explicarse la magia que ese líquido y los suyos propiciaban.)

De ahí en adelante hicimos el amor casi todos los días, durante un año exacto. Nos amábamos tanto, sin saber todavía que esa relación habría de terminar de la manera más terrible, en medio de infidelidades y de sangre, mucha sangre.

Teníamos, cada quien, catorce años.

---

ESTUVE A PUNTO de perder mi virginidad de otra manera.

Cerca de mi casa vivía Ricardo, el Güero, quien iba a la misma secundaria que yo, aunque en un salón distinto. Ricardo era extraño: tal vez sus ojos bicolores —uno azul, otro negro— le hicieron crecer en las entrañas duendes perturbadores: a veces era arrogante, se jactaba de que todas las chicas de la escuela se acercaran a él, acaso por su exacta guapura o sólo por mirar el prodigio ambiguo de sus ojos; pero era, en el fondo, retraído y huraño: solía aislarse en un rincón y pintar arabescos con gis en las paredes. Pero a veces se apoderaban de él aquellos duendes, abandonaba su mutismo y sin causa aparente y sin explicaciones golpeaba a mansalva a los más chicos: era sangriento e incontenible, y debían intervenir los compañeros para calmarlo y someterlo. Curiosamente, sus desmanes nunca eran denunciados; acaso por el miedo, los agredidos se tragaban su dolor y las lágrimas, y los testigos se alejaban silentes. Ricardo nunca enfrentó problemas serios con las autoridades de la escuela, y eso hacía crecer en torno suyo el halo de peculiaridad y temor que inopinadamente imponía sobre todos.

Un día entre semana, Ricardo y yo, sin proponérselo (nunca hubo, pese a que éramos vecinos, ninguna relación que fuera más allá del saludo, en la escuela o en la calle), no asistimos a clases, y al encontrarnos me propuso pasear entre los magueyes y árboles de pirul que abundan en los



terrenos posteriores al basurero enorme donde estaba el yate del Pirata, la casa en ruinas de Eloísa y nuestra propia calle que marcaba los límites de la ciudad por el oriente. Intrigado, pero sin posibilidad de reticencia, fui con él, y correteamos a pedradas lagartijas y pájaros. De pronto Ricardo me empezó a tirar peñascos a los pies para que yo saltara, y se reía como loco.

—¡Ya, no mames! —le decía.

Pero él redoblaba la andanada de piedras y ahí estaba yo, tratando de esquivarlas, y poco a poco llenándome de miedo.

—¡Cálmate, pinche Güero! —le insistía.

Y tomó un largo tronco y arremetió contra mis pies, haciéndome saltar y provocando que mi miedo aumentara. En sus ojos de dos colores podía adivinarse una como perversidad, furia marcada que crecía con sus risas de idiota.

—¡Brinca, cabrón! —ordenaba.

Intentar correr habría equivalido a que Ricardo me golpeará, a que me hiciera sentir esa furia que yo había atestado en la escuela cuando atacaba a los más pequeños. Ahí, en ese paraje solitario, rogaba al cielo que apareciera alguien: Eloísa, Inés, el Pirata. En cambio, el Güero aumentaba su violencia hasta que salimos de entre los magueyales para reincorporarnos a las calles de la ciudad. Creí entonces que el “juego” terminaba, pero qué va: con la misma furia dibujada en sus ojos me condujo a su casa, a una recámara, en donde sin soltar el arma pavorosa ordenó:

—¡Encuérate!

—¡Estás pendejo, qué te pasa! —traté de resistirme en el límite del auténtico terror.

—¡Que te encueres, pendejo! —urgió con sendos garrotazos en mi espalda.

Lloré escandalizado, como una niña, mientras me quitaba el pantalón.

—Ahora vas a sentir lo que es la verga! —dijo, golpeándome otra vez y empezando a desatarse el cinturón.

Me convencí de que estaba a punto de padecer en carne propia una agresión brutal, de esas que mis amigos aseguraban eran frecuentes en la ciudad, sobre todo en los alrededores de la zona de tolerancia.

Mi llanto lastimero y mis súplicas de piedad y cordura no sirvieron de nada, pero sí el aleteo maravilloso de mi Ángel de la Guarda: como por prodigioso encanto se abrió la puerta de la recámara y apareció una de las hermanas de Ricardo, quien al vernos semidesnudos, y a él enardecido y a mí muerto de espanto y llorando, gritó, fuera de sí:

—¡Pinches putos, hijos de sus chingadas madres! ¡Sáquense al carajo! —y con el mismo tronco con el que Ricardo me había sometido lo tundió, cosa que aproveché para salir huyendo, enredándome con los pantalones, tropezando, hasta alcanzar la puerta de la calle. No obstante mi llanto, alcancé a oír los alaridos desquiciados del Güero ante los golpes de su hermana.

Recompuesto, aunque todavía llorando, llegué a casa y me encerré en mi cuarto, del que salí después de horas de rogar a Dios que la hermana del Güero no hubiera esparcido la noticia de que su hermano y yo éramos jotos. No fue así, por fortuna, y aguardé hasta la tarde cuando se congregaron mi hermano y sus amigos para contarles, otra vez llorando y exhibiendo los moretones dejados por los golpes severos de Ricardo, lo que había sucedido.

Si Ricardo había podido sortear hasta entonces las consecuencias de agredir a tantos en la escuela, si habían quedado impunes sus desmanes, pagó las consecuencias de la manera más feroz: al día siguiente mi hermano y mis amigos lo es-

peraron a la salida de la escuela y, a rastras, se lo llevaron —ahora él era quien lloraba como niña muriéndose de miedo— a los magueyales, al paraje desértico donde dio inicio mi aventura de (casi) violación. Imagino que el Güero hubiera preferido morir: supe después (había permanecido en casa atendido a que la madre de Inés me pusiera fomentos para quitar la inflamación de mi espalda) que mis amigos lo golpearon con inaudita saña, que Zedillo lo trasquiló con sus tijeras y sólo la intervención de los demás impidió que ejecutara su venganza mayor: cortarle los testículos. A cambio, lo dejaron cogérselo. Y cuentan que Ricardo lloró y perdió el conocimiento.

No hubo consecuencias ni represalias contra Zedillo o mis amigos o mi hermano. Tan sólo ocurrió que el Güero no volvió a la escuela, y días después se fue con su familia a otra ciudad, quizá por un azar, o tal vez para tratar de enderezarle el camino torcido, a sugerencia de su hermana, la que me rescató de una inminente violación.

---

PAPELITO COLORADO TENÍA cara de idiota y un enamoramiento enfebrecido por Inés. Y era víctima predilecta de Zedillo: antes de salir a la calle para repartir sus papelitos colorados (o sus halagos a Inés), asomaba su pecosa carita de tonto para saber si no estaba Zedillo aguardándolo, ya con su rifle de municiones, ya con las tijeras con que rapaba a los muchachos. Papelito había sido trasquilado tres veces, y casi una tonelada de postas anidaba en sus nalgas. Era, entonces, comprensible su terror ante la furia de Zedillo.

No sé cuándo ni cómo le nació el amor por Inés. Papelito sabía que ella y yo éramos novios, aunque ignoraba lo que hacíamos a solas. Se le quedaba viendo como embrujado, y su cara de idiota resplandecía como un sol negro. Seguramente porque sus padres comprendían la idiotez de Papelito lo compensaban con cantidades notables de dinero, que gastaba en regalos para su amada, o bien, ella y yo lo gastábamos de la manera más espléndida: nos comprábamos calzones de nuestro color favorito y cuando hacíamos el amor dedicábamos el acto a la salud de Papelito.

En secreto nos burlábamos de él, aunque no nos atrevíamos a hacerle bromas, ni mucho menos a decirle que su indiscreto amor era una estupidez más clara que su subyugamiento por Inés; la veía y literalmente se le caía la baba; la pobre Inés se enternecía y, en recompensa, acariciaba la trasquilada cabeza de Papelito. En respuesta, él aplaudía y le entregaba un papelito colorado.

El día en que Inés desbarató mi alma mandándome al carajo, cobré venganza con Papelito Colorado: valiéndome de la ausencia de todos en la casa, entré en la recámara de Inés (nunca lo había hecho) a sabiendas que atesoraba un número espectacular de papелitos colorados: ¡llenaban una caja de huevo! Me hice de la caja y le prendí fuego. Y tapiqué con las cenizas la cama de Inés.

Papelito no se enteró de eso.

Se enteró (¿de veras se enteró?), en cambio, de la muerte infausta de su padre.

Una mañana, volvíamos a casa Fortino y yo, cargando las bolsas del mandado, y al pasar frente a la casa del papá de Papelito Colorado, aquél nos saludó: estaba en la azotea tratando —imagino, porque tenía la mitad de su cuerpo metido en el tinaco— de corregir alguna falta de agua. Diez minutos después (estábamos sacando mercancías de las bolsas) escuchamos escandalosos toquidos en la puerta. Fortino dijo:

—Es Carmela, no le abras.

Pero la escandalera persistió y escuchamos gritos que eran como alaridos.

—Fortino, ayúdame. Soy yo, Yolanda, la vecina. Mi papá se cayó.

Abrí. Y sí, era Yolanda, la hermana de Papelito Colorado.

Corrimos para ver qué ocurría. Su padre yacía en la banqueta: se había caído y despedazado la cabeza con el piso. No he visto algo tan espantoso y repugnante: sangre y sesos, la fórmula infeliz de un destino.

(La vez que Inés y yo supusimos que estaba embarazada, estábamos fraguando la estrategia a seguir —¿nos casábamos?, ¿iríamos con Trini para que la hiciera abortar?— cuando llegó Papelito a regalarnos una estimable colección de papелitos colorados.

«EL VAQUERO MÁS AUTÉNTICO QUE EXISTIÓ»

DE IGNACIO TREJO FUENTES

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 2009 EN  
LOS TALLERES DE CORPORACIÓN INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. DE C.V.

FERNANDO SOLER No.50, FRACC. MARÍA CANDELARIA,

HUITZILAC, MORELOS, C.P. 62510, MÉXICO

SE TIRARON 1000 EJEMPLARES